

Pero saltó la liebre, y los que en todo ven formas de incrementar sus ganancias, responsables de que Giammattei se haya mantenido como candidato por años y luego financistas legales e ilegales de su última campaña electoral, le pasaron la factura. Entonces, todo lo diseñado se ha hecho a medias y tardíamente, pero con una línea clara de dirección: en esta crisis, los dueños de las grandes riquezas saldrán con sus cuentas en los grandes paraísos fiscales como Nevada, Wyoming o Dakota del Sur más que incrementadas. Ellos no corren riesgos, no apuestan en las bolsas, tienen, como les acusó el mandatario salvadoreño a los de allá, dinero para vivir como reyes veinte, treinta vidas. Pero quieren más, pues han aprendido en los desayunos y almuerzos «cristianos» de empresarios, que dando algo de sus millones al predicador, este les llevará de la mano al cielo de las cuentas en dólares crecidas hasta alcanzar las nubes.

A una semana de decretada la emergencia, las vilezas y canalladas de los que han impuesto gobiernos por más de cincuenta años, usándolos siempre en su único y grande beneficio, han sido expuestas con toda claridad. En contra de todo lo visto y sentido en el resto del mundo, donde en los Estados con tasas impositivas adecuadas, en los que quien gana más aporta más, estas situaciones extremas están siendo enfrentadas con beneficios para todos, los ideólogos de la UFM desempolvaban sus propuestas de reducción de impuestos, repetidas cuando llueve o hace sol, cuando hace frío o calor, y lanzaron «Un plan económico [in]sensato ante la emergencia COVID-19 para Guatemala».

Acostumbrado a acciones también insensatas y sin entender aún lo que estamos viviendo, pero presionado por quienes lo llevaron al poder, el presidente presentó ante el Congreso de la República su «Plan de reactivación económica», al que a la carrera le agregaron «para enfrentar el coronavirus en Guatemala». La propuesta, solo por su título, parece una de las tantas bromas de los «hermanos lelos», personajes cómicamente estúpidos de los años setenta de la televisión mexicana. Las medidas económicas en este momento tienen que estar orientadas a salvar vidas, y esto implica permitir

que todos, absolutamente todos, se recluyan en sus casas el mayor tiempo posible, sin desesperarse en cómo van a pagar las tortillas y el frijol el día de mañana. La reactivación pensada en tiempos de campaña electoral y en la transición solo tiene como destino el cesto de la basura. Serán otras medidas, más audaces, más responsables, las que puedan permitir que la economía guatemalteca deje de depender de las remesas.

De esa cuenta, aún con el arma legal del estado de calamidad en la mano, el presidente se postró de hinojos ante los empresarios y permitió que, hasta las maquilas, siguieran trabajando a todo vapor. No es obligatorio parar, ahora es simplemente una recomendación, un favor que nos harán los dueños de los grandes capitales para que no nos enfermemos, porque ellos ya están a buen resguardo en sus chalets de veraneo, administrando sus empresas y sus políticos por videoconferencias.

Y muy al estilo de los ya trasnochados Polivoces, han dispuesto ordenar al IGSS que no cobre las cuotas patronales, ¡pero sí las de los trabajadores! Piden a gritos que este confinamiento lo vivan los trabajadores como vacaciones y, hambrientos, quieren diferir y fragmentar el bono 14. Sin embargo, la proporción de ganancias seguirá intocable. Es más, aún con pocos ingresos esta élite miope mantendrá sus beneficios intocables.

Pero su mezquindad no tiene límites, por lo que, teniendo ya programados gastos de publicidad en los eventos de playa de la Semana Santa, dispusieron orientarlos a «obra de beneficencia», y los gastaron para apoyar la instalación de un hospital de campaña para los que resulten afectados. Aun así, no dejaron de hacer publicidad, el hospital será reconocido por los enormes viniles que promocionan el producto principal de la empresa, con lo que lo «donado» será registrado en sus libros como publicidad y, en consecuencia, como gasto, sin afectar las ganancias de sus «humanitarios» accionistas.

Tal vez por ello, y antes de que la lista de enfermos llegue al centenar, la Cámara de Industria ha lanzado la campaña «juntos pero no revueltos», apoyada por los medios de comunicación



comerciales más afines a sus visiones de sociedad. El refrán es comúnmente usado para mostrar las diferencias entre grupos, para indicar su separación y discriminación. Juntos disfrutamos del sol y la playa, pero no nos revolvemos, unos vamos a las playas populares, otros a los chalets con playas privadas que antes eran públicas.

El racismo y clasismo de nuestra lumpen oligarquía quedó al desnudo en esa frase. Su sueño por mantener al pueblo llano fuera de los muros de la ciudad parece conseguirse con esta pandemia. Serán mucho más que explícitas la República de los ricos y la de los pobres, tal y como las impuso el conquistador español hace quinientos años. Su video promocional lo confirma. Ellos podrán viajar, disfrutar a sus abuelos en sus fincas y condominios exclusivos. Los pobres incrementarán su miseria y aportarán los muertos.

Ellos pedirán oraciones y ritos, pero se curarán con todos los avances de la ciencia; los pobres se quedarán con el ayuno y el silencio, sin que la ciencia los alcance.

Si por ineficiencia e inexperiencia fracasaron las medidas de contención del virus, por avaricia y egoísmo tendremos un país diezmado y claramente segregado en castas cuando los efectos de la enfermedad amainen.